

# EL DIABLO EN LA CRUZ

Ngugi wa Thiong'o

1

Cierta gente en Ilmorog, nuestro Ilmorog, me dijo que esta historia era demasiado desgraciada, demasiado degradante, de forma que debería ser arrojada a las tinieblas. Otros adujeron que como se trataba de algo tan penoso debería ser borrado para que no se derramaran lágrimas por segunda vez.

Les pregunté: «¿Cómo podríamos cegar los pozos de nuestro jardín con hojas o hierba, haciéndonos creer a nosotros mismos que ya que no podemos ver los agujeros, nuestros hijos podrían corretear por el jardín a sus anchas?».

Dichoso es el hombre capaz de percibir los escollos en su camino y evitarlos.

Dichoso es el viajero que es capaz de ver los tocones a su paso ya que podrá rodearlos sin tropezar.

El diablo que nos hace sucumbir a la ceguera del corazón y a la sordera de la mente debería ser crucificado, y deberíamos cuidar que sus acólitos no le bajaran de la cruz para que pudiera construir el infierno en la tierra...

Incluso yo, yo, el Profeta de la Justicia, sentí al principio esta pesada carga sobre mis hombros y exclamé: «La selva del corazón humano nunca se ve libre de todos sus árboles. Los secretos de nuestro hogar no están hechos para los oídos de los extraños, Ilmorog es nuestro hogar.

Y entonces, la madre de Wariinga vino a mí al romper el amanecer y me suplicó deshecha en lágrimas: «Tañedor de Gicaandi, relata la historia de la niña que tanto amé. Arroja luz sobre lo que sucedió, que solo los que conozcan toda la verdad puedan entonces emitir un juicio. Tañedor de Gicaandi, contador de cuentos, revela todo lo que está oculto».

Al principio dudé, planteándome esta pregunta: «¿Quién soy yo, la boca que se devoró a sí misma? ¿No está dicho que el antílope odia menos al que le vislumbra que al que pregona su presencia?».

Fue entonces cuando oí los gritos implorantes de muchas voces: «Tañedor de Gicaandi, Profeta de la Justicia, revela lo que yace oculto en la oscuridad».

Durante siete días ayuné, sin agua ni comida, con mi corazón profundamente perturbado por aquellas quejumbrosas voces. Seguía preguntándome: «¿Podiera ser que estuviera contemplando fantasmas descarnados o escuchando los ecos del silencio? ¿Quién soy yo, la boca que se devoró a sí misma? ¿No está dicho que el antílope siente más odio por el que traiciona su presencia con un grito?».

Pasados siete días, la tierra tembló, y los relámpagos sacudieron el cielo con su fulgor, y fui elevado y sostenido en la cima del tejado de la casa y me fueron mostradas muchas cosas, y oí una voz, como el rugido de un trueno, amonestándome: «¿Quién te ha dicho que la profecía es solo tuya, y solo tú debes conservarla? ¿Por qué te rodeas de fútiles excusas? Si así lo haces, nunca te verás libre de lágrimas e implorantes gritos.»

Cuando la voz dejó de oírse, fui tomado, elevado, y me encontré entre las cenizas del hogar. Cogí un puñado, me restregué el rostro y las piernas y grité:

¡Acepto!

¡Acepto!

Silencia los gritos de mi corazón.

Enjuga las lágrimas de mi corazón...

Esta historia es el recuento de lo que yo, Profeta de la Justicia, vi con estos ojos y oí con estos oídos cuando fui llevado a la cima del tejado de la casa...

He aceptado.

He aceptado.

La voz del pueblo es la voz de Dios.

Esa es la razón por la que he aceptado.

Esa es la razón por la que he aceptado.

Pero ¿por qué estoy vagabundeando por la orilla del río?

Bañarse significa despojarse de todas las ropas.

Nadar es lanzarse a las aguas.

Es bueno, de manera que...

Ven.

Ven, amigo mío.

Ven y razonemos juntos.

Ven y razonemos juntos ahora.

Ven y razonemos juntos sobre ello.

Jacinta Wariinga, antes de que emitas un juicio sobre nuestros hijos...

2

El diablo se apareció a Jacinta Wariinga un domingo en el campo de golf de la ciudad de Ilmorog, del distrito de Icíri y le dijo... ¡Pero espera! Me estoy adelantando a la historia. Los problemas de Wariinga no comenzaron en Ilmorog. Volvamos sobre nuestros pasos...

El infortunio y los problemas habían perseguido a Wariinga mucho antes de dejar Nairobi, donde trabajaba de secretaria, taquimecanógrafa, en las oficinas de la Champion Construction Company,[1] en la calle Tom Mboya, cerca del edificio del Archivo Nacional.

El infortunio es más fuerte que el espíritu más templado, y un problema engendra otro. El viernes por la mañana Wariinga fue despedida de su trabajo por rechazar el acoso del Jefe Kihara, su jefe, que era el director gerente de la firma. Esa tarde Wariinga fue abandonada por su amor, John Kimwana, después de que la acusara de ser la querida del Jefe Kihara.

El sábado por la mañana fue visitada por su casero, propietario de la casa de Ofafa Jericho, en Nairobi, donde alquilaba una habitación. (¿Una casa o un corral? El suelo estaba lleno de agujeros, las paredes agrietadas y el techo con goteras.) El casero dijo a Wariinga que le iba a subir la renta. Ella se negó a pagar más. Él le ordenó abandonar inmediatamente el lugar. Ella se negó aduciendo que el asunto se debería llevar al Tribunal de Rentas para que emitiera un dictamen. El casero se subió a su Mercedes y dejó el lugar. Antes de que Wariinga pudiera parpadear, estaba de vuelta con tres canallas que llevaban gafas oscuras. A algunos pasos de Wariinga, con los brazos en jarras, se burló: «Aquí tienes tu Tribunal de Rentas». Arrojaron todas las pertenencias de Wariinga fuera de la habitación y cerraron la puerta con un candado nuevo. Uno de los secuaces tendió un trozo de papel a la chica en el que estaba escrito:

SOMOS LOS ÁNGELES DEL DIABLO – EMPRESARIOS PRIVADOS.

Haz el más ligero esfuerzo para trasladar este asunto a la policía, y te mandaremos, con billete solo de ida, al reino de Dios o de Satán, un billete solo de ida al cielo o al infierno.

Se subieron todos al Mercedes y desaparecieron.

Wariinga contempló el papel durante un rato y luego lo guardó en su bolso. Se sentó en una caja sosteniéndose la cabeza entre las manos, preguntándose: «¿Por qué me tiene que tocar siempre a mí? ¿A qué dios he ofendido?». Sacó un espejito de su bolso y se miró la cara distraídamente, dando vueltas a sus numerosos problemas. Se encontraba a disgusto consigo misma; maldijo el día en que nació; se preguntó: «Pobre Wariinga, y ahora ¿adónde puedes encaminarte?».

Fue entonces cuando decidió volver con sus padres. Se levantó, recogió sus cosas, las amontonó en la puerta de la habitación contigua que pertenecía a una mujer mkamba y comenzó a realizar los preparativos para el viaje, con un montón de preocupaciones rondándole en la cabeza.

Wariinga estaba convencida de que su apariencia era la raíz de todos sus problemas. Siempre que se miraba en el espejo pensaba que era muy fea. Lo que más odiaba era su negrura, de manera que desfiguraba su cuerpo con cremas blanqueadoras como Ambi y Snowfire, olvidando el dicho: «Lo que nace negro nunca será blanco». En este momento, su cuerpo estaba cubierto de manchas claras y oscuras como una gallina de Guinea. Su pelo estaba estropeado, y había adquirido un color pardusco,

como de piel de topo, por habérselo estirado y planchado con tenacillas al rojo vivo. Wariinga también odiaba sus dientes. Estaban un poquito manchados; no eran tan blancos como ella hubiera deseado. A menudo trataba de ocultarlos y evitaba reírse abiertamente. Si por error se reía y en ese momento recordaba sus dientes, paraba en seco o se tapaba la boca con la mano. Los hombres a veces se reían de ella, llamándola Wariinga la Seria, ya que sus labios estaban casi siempre sellados.

Pero cuando Wariinga era feliz y olvidaba preocuparse de las manchas de sus dientes y de la negrura de su piel, y se reía con toda su alma, su risa desarmaba por completo a la gente. Su voz era tan suave como un bálsamo. Sus ojos brillaban como estrellas en la noche. Su cuerpo era una fiesta para los ojos. A menudo, cuando paseaba despreocupadamente, con los pechos balanceándose garbosos como dos frutas maduras mecidas al viento, Wariinga hacía detenerse a los hombres en su camino.

Pero nunca apreciaba el gran esplendor de su cuerpo. Anhelaba cambiar, codiciando la belleza de otras. Muchas veces sus ropas no pegaban con su figura. Se limitaba a copiar la forma de vestir de otras mujeres. La moda, pegara o no con el color de su piel o su tipo, era lo que dictaba su elección de la ropa. En ocasiones cambiaba su manera de caminar tratando de imitar el paso de otras chicas. Había olvidado el dicho: «Imitar el paso de otros le cuesta a la rana el culo».

La carga que Wariinga soportaba ese sábado estaba formada por una abrumadora autocompasión y unas dudas no menos abrumadoras mientras caminaba por las calles de Nairobi, hacia una parada de autobús donde coger un matatu que la llevara a casa de sus padres en Ilmorog.

Incluso después de que pasaran muchos días y su vida hubiera cambiado de forma que nunca hubiera soñado, Wariinga no era capaz de explicarse con claridad cómo se las había arreglado para caminar a lo largo de River Road, cruzar la calle Ronald Ngala y encontrarse al final de Racecourse Road, entre la iglesia de Saint Peter's y la tienda de máquinas de coser, en la parada del hotel Kaka.

Un autobús urbano se dirigía velozmente hacia ella. Wariinga cerró los ojos. Su cuerpo se estremeció. Tragó saliva y su corazón comenzó a latir con el ritmo de la plegaria: «En los momentos de aflicción, Padre mío, no mires hacia otro lado. No me vuelvas la espalda a la hora de las lágrimas... Ahora... recíbeme...».

De repente Wariinga oyó una voz dentro de su cabeza: «¿Por qué estas tratando de suicidarte de nuevo? ¿Quién te ha indicado que tu trabajo en la tierra ha terminado? ¿Quién te ha dicho que tu tiempo ha finalizado?».

Wariinga abrió rápidamente los ojos. Miró en derredor. No podía distinguir quién le hablaba. Sintió escalofríos desde la planta de los pies hasta la punta de los cabellos cuando pensó en lo que había estado a punto de hacer.

De inmediato sintió vértigo. Nairobi, la gente, los edificios, los árboles, los coches, las calles, comenzaban a temblar ante sus ojos. Sus oídos estaban bloqueados. Todo ruido cesó como si todo el país se hubiera sumido en un vasto silencio. Las rodillas le temblaron. Las fuerzas abandonaron sus articulaciones; Wariinga sintió que

estaba perdiendo la consciencia y el equilibrio. Cuando estaba a punto de caer, notó que alguien sujetaba su brazo derecho, sosteniéndola.

—Casi se cae —dijo el hombre que la sostenía—. Venga y siéntese a la sombra del edificio. Aléjese del sol.

Wariinga no estaba en condiciones de negarse, ni siquiera de saber quién le estaba hablando. Se dejó conducir a las escaleras del Salón del Masaje Celestial y Peluquería del Kaka. La puerta estaba cerrada. Wariinga se sentó en el segundo escalón. Sostuvo su cabeza entre las manos tocándose con los dedos los lóbulos de las orejas. Se apoyó contra la pared. De golpe la abandonaron sus últimas fuerzas y se deslizó en un oscuro abismo. Silencio. Entonces escuchó sonidos sibilantes y otros que no eran propiamente silbidos. Se parecían más a voces que cantaran a lo lejos, cuyos sonidos le llegaran transportados por las olas del viento:

Me lamento sobre mi cuerpo yaciente,

aquel que me fue entregado por Dios, el Todopoderoso.

Me pregunto a mí misma:

cuando me entierren,

¿con quién compartiré mi tumba...?

De repente el sonido abandonó su cadencia, y las voces ya no eran identificables. Se habían desintegrado hasta constituir una cacofonía, un manantial de espuma y burbujas, de sonidos inidentificables.

Y en ese momento a Wariinga volvió a asaltarle una antigua pesadilla que solía visitarla cuando era estudiante en el instituto de Nakuru Day y atendía los oficios de la Iglesia del Santo Rosario.

Primero distinguió una espesa oscuridad, que se disipaba por un lado de forma que podía vislumbrarse una cruz, colgada en el aire. Luego vio a una multitud vestida con harapos caminando bajo la luz, empujando al diablo hacia la cruz. El diablo estaba vestido con un traje de seda y llevaba un bastón cuyo puño tenía forma de paraguas abierto. Su cabeza estaba adornada por siete cuernos, siete trompetas que tocaban himnos infernales de alabanza y gloria. Tenía dos bocas, una en la frente y otra en la nuca. Su vientre abultado parecía que fuera a parir a todos los diablos del mundo. La piel era roja como la de un cerdo. Cerca de la cruz empezó a temblar y volvió la vista hacia la oscuridad, como si la luz hiriera sus ojos. Se quejó implorando que no se le crucificase, prometiendo que ni él ni sus seguidores construirían nunca el infierno para las gentes de la tierra.

Pero la gente gritó al unísono: «Ahora ya conocemos el secreto de todas las vestiduras con que se adorna tu astucia. Cometes asesinato y te vistes con hábitos de piedad para enjugar las lágrimas de huérfanos y viudas. Robas la comida de las tiendas a medianoche y luego al amanecer visitas a las víctimas disfrazado de caridad para ofrecerles una calabaza llena del grano que les has robado. Propicias la lascivia solo para gratificar tus propios apetitos y luego adoptas el manto de la temperancia y exhortas al pueblo a arrepentirse, a seguirte como si pudieras

enseñarles el camino de la pureza. Te apoderas de la riqueza de los hombres fingiendo amistad y les animas luego para que se adhieran a ti en la búsqueda de los villanos que les han desposeído».

Y en ese momento la gente crucificó al diablo en la cruz y abandonaron el lugar cantando himnos de victoria.

Tres días más tarde llegaron otros vestidos de traje y corbata que, manteniéndose cerca de la espesura de las tinieblas, bajaron al diablo de la cruz. Y se arrodillaron delante de él, le rezaron en voz baja implorándole que les concediera una parte de sus falsos ropajes. Y sus vientres comenzaron a hincharse, y se levantaron y caminaron hacia Wariinga moviendo sus ya enormes vientres que albergaban todos los diablos del mundo...

Wariinga se despertó. Miró en torno suyo. Y como si regresara de un viaje a tierras lejanas, recuperó lentamente la consciencia. Vio que seguía en Racecourse Road, en la parada de autobús del hotel Kaka, cerca de la iglesia de Saint Peter's Clavers, y que los sonidos que había oído no eran más que el ruido del tráfico. Se preguntó: «¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Qué viento me ha traído? Recuerdo haber subido al autobús número 78 que viene de Ofafa Jericho. Va por Jerusalem, Bahati, se mete por Jogoo Road, pasa por la estación de autobuses de Macaaku Country... y... ah, sí... me dirigía a la universidad a ver a John Kimwana, mi amor, por última vez... Me bajé en la parada junto al edificio del Archivo Nacional, cerca de la tintorería White Rose. Bajaba la calle Tom Mboya y pasé la mezquita Koonja, atravesé el parque de Jeevanjee, el hotel Garden, y me detuve en la esquina de las calles Harry Thuku y Universidad, enfrente del cuartel de policía. ¿Fue entonces cuando me volví? Y cuando miré los edificios de la universidad, sobre todo la facultad de ingeniería, recordé los sueños de mi juventud, cuando estaba en la escuela primaria de Baharini y en el instituto de Nakuru Day, y me acordé de cómo, más tarde, mis sueños fueron pisoteados por el viejo ricacho de Ngorika. Cuando estos recuerdos se mezclaron con mis pensamientos sobre John Kimwana, que me había abandonado la noche anterior, hundida en el pantano de mis problemas, de repente sentí mi cabeza y mi corazón cruelmente heridos, sofocados por la ira... Y ahora ¿qué iba a hacer? ¿Adónde iría? Oh, Dios mío, ¿dónde está mi bolso? ¿Dónde lo he dejado? ¿Dónde encontraré el dinero del billete a Ilmorog?

De nuevo Wariinga miró en torno suyo. Fue entonces cuando sus ojos encontraron los del hombre que le sostenía la mano derecha y la había hecho sentarse en la escalera del salón de masaje.

—Aquí. Aquí esta su bolso —dijo el hombre soltando su mano y alcanzándole un bolso negro adornado en uno de sus lados con un trozo de piel de cebra.

Todavía sentada, Wariinga cogió su bolso. Le miró inquisitivamente. Era joven, aunque su rostro denotaba madurez. Tenía una mata de pelo negro y una barbita de chivo. Sus negros ojos brillaban con una chispa de inteligencia, como si pudieran ver acontecimientos ocultos en la distancia... Vestía pantalones vaqueros y una chaqueta de cuero marrón. Bajo el brazo izquierdo llevaba una cartera de piel negra. Le explicó por qué tenía su bolso.

—Lo dejó caer en River Road, cerca del salón de té, en la parada de Nyeri y Murang'a. Lo recogí y la seguí. Hoy ha tenido mucha suerte, fácilmente se lo hubieran podido quitar. Estaba cruzando la calle y esquivando el tráfico como un ciego que ha fumado hierba y se siente envalentonado. La alcancé cuando llegaba tambaleándose al bordillo. La cogí de la mano y la llevé a la sombra. Desde entonces he estado a su lado, esperando que volviera de aquel lugar al que había ido llevada por sus sufrimientos.

—¿Cómo sabía que me hallaba tan lejos? —preguntó Wariinga.

—Por su cara, sus ojos, sus labios —respondió el joven.

—Me siento muy aliviada por haber encontrado mi bolso —dijo Wariinga. —Ni siquiera me había dado cuenta de que lo había dejado caer. Y no tengo ni medio centavo en el bolsillo.

—Ábralo y compruebe que todas sus cosas están dentro, sobre todo el dinero —le dijo el joven.

—No había mucho dinero —repuso con pesar.

—De todas maneras, mejor compruébelo. ¿No sabe que al que ahorcan es normalmente el ladrón que roba veinticinco centavos?

Wariinga abrió el bolso, miró su interior sin mucho interés y dijo:

—Aquí está todo. —Una cuestión le preocupaba. ¿Fue la voz de este hombre la que intervino cuando estuvo a punto de lanzarse a la calzada? ¿Cómo había adivinado sus pensamientos? ¿Cómo sabía que no era la primera vez que trataba de matarse? Preguntó—: ¿Es usted la persona que me habló justo antes de desmayarme?

Sacudió la cabeza.

—Llegué justo cuando estaba a punto de caer. ¿Está usted enferma?

—No —contestó al punto Wariinga—. Solo cansada física y espiritualmente de Nairobi.

—No me extraña —dijo el joven—. Nairobi es extensa, despersonalizada y corrupta. —Se acercó a Wariinga, se apoyó en la pared y continuó—: Pero no ha sido solo Nairobi lo que la ha afectado. Lo mismo sucede en todos los países que recientemente han rechazado el colonialismo. Lo están pasando muy mal, ya que para evitar la pobreza han asumido los consejos norteamericanos en lo referente a cómo llevar sus economías. Se les ha enseñado los principios del interés individual, y se les ha dicho que olviden las antiguas canciones que hablaban y glorificaban la idea del bien común. Se les ha enseñado nuevas canciones, nuevos himnos que celebran y glorifican el poder del dinero. Es por eso por lo que hoy Nairobi canta:

Corrupción en lugar de honradez,

mezquindad en lugar de generosidad,

odio frente al amor,

maldad frente a bondad.

»Y hoy se canta y se baila:

El que pica nunca pica para otro.

El que pilla nunca pilla para otro.

El que viaja nunca viaja para otro.

¿Dónde está el curioso que busca para otro?

»Piense un poco y pregúntese: ¿Adónde nos conduce ese tipo de cántico? ¿Qué clase de corazón está creciendo en nosotros? ¿Es acaso el que nos impulsa a partirnos de risa cuando miramos a nuestros hijos pelear con perros y gatos por los desechos de los cubos de basura?

Al sabio se le puede enseñar sabiduría,

así que déjeme decirle:

En gikuyu se dice que hablar es como amar.

El hoy es el tesoro del mañana.

El mañana es la cosecha de lo que hoy hemos plantado.

Así que preguntémonos a nosotros mismos:

¿qué gana el que se lamenta y gime?

¡Cambia las semillas ya que la calabaza contiene varias clases!

¡Cambia el paso, ya que la canción tiene varios ritmos!

¡El baile Muomboko de hoy es dos pasos y vuelta!

El joven de repente calló, pero su voz y sus palabras seguían sonando en los oídos de Wariinga.

No entendió todas las cosas que se escondían en el arcano lenguaje del joven. Pero podía sentir que sus palabras le recordaban pensamientos que ella misma había tenido alguna vez. Suspiró y dijo:

—Sus palabras tienen significados ocultos. Pero lo que dice es verdad. Ya hemos llegado al límite de nuestro aguante. ¿Quién no daría la bienvenida a un cambio que nos permitiera una nueva vida?

Wariinga iba sintiendo su lengua más suelta conforme hablaba. Empezó como si estuviera quitándose una pesada carga de su corazón. Hablaba con un tono normal, ni estridente ni bajo, ni entrecortado ni presuroso. Era una voz, no obstante, cargada de dolor, pena y lágrimas.

—Tomemos a una chica como yo, —dijo Wariinga mirando a un punto bajo, como si estuviera hablando consigo misma—. O piense en cualquier chica de Nairobi. Llamémosla Mahua Kareendi. Tomemos por caso que haya nacido en una aldea o en algún lugar remoto del país. Su educación es limitada. O digamos, quizá, que haya



aprobado la primaria y haya ido al instituto. Incluso pensemos que es un buen instituto, no como los de Haraambe, donde los pobres pagan un buen dinero, aunque no haya maestros en las aulas.

»Antes de que pase a segundo grado, Kareendi ya estará embarazada. ¿Quién es el responsable? Digamos que un estudiante. Los estudiantes no tienen mucho sentido del honor. Su sentido de la amistad consiste en prestarse novelas de James Hadley Chase, Charles Mangua o David Maillu. O cantar juntos canciones de los discos de Jim Reeves o D. K. o de Lawrence Nduru. Kareendi, ¿a quién puedes acudir?

»O bien podríamos imaginarnos que el hombre responsable del embarazo es un holgazán del barrio. No tiene trabajo. No tiene ni donde caerse muerto. El noviazgo se cimentaba sobre unas cuantas canciones tocadas con la guitarra y unos cuantos bailes nocturnos en el barrio. Se ha consumado en alguna barraca prestada o al aire libre después de que anocheciera. Kareendi, pequeña, ¿a quién puedes dirigirte? El crío va a necesitar comida y ropitas.

»O quizá el chico tenga un trabajo en el centro, pero su salario sea de cinco chelines al mes. Su amor se alimenta de películas de Bruce Lee y James Bond o de cinco minutos en un hotel barato camino de su casa en matatu. Y entonces ¿quién enjugará las lágrimas de Kareendi?

»O pongamos por caso que el padre de la criatura fuera un hombre rico. ¿No es eso lo que ahora está de moda? El rico tiene su esposa. Todo el asunto se ha reducido a una cita en su Mercedes un domingo. El incentivo ha consistido en unas pequeñas cantidades de dinero que Kareendi ha recibido a modo de propinas antes de volver al colegio. Se ha visto lubricado por unos buenos tragos de licor en hoteles muy lejos del barrio.

»El estudiante, el holgazán, el rico, reaccionan igual cuando Kareendi les informa de su estado: “¿Qué? Kareendi, ¿me estás diciendo que yo soy el responsable de tu embarazo? ¿Yo? ¿Y cómo lo has adivinado? Vete a echarle la culpa de tu desilusión a otro, Kareendi la Fácil, Kareendi de diez centavos. Puedes llorar hasta que tus lágrimas llenen un bidón, va a dar igual... Kareendi. ¡No puedes quedarte preñada por ahí y dejar el fruto ante mi puerta solo porque un día te consolé!”.

»O digamos que Kareendi no necesita que la espeten. Está de pie con los brazos en jarras maldiciendo a su cielito de ayer. “¿Tú piensas que eres puro azúcar? Pues me tomo el té sin azúcar. ¿Crees que eres un autobús? Pues caminaré. ¿Que eres una casa? Prefiero dormir al aire libre. ¿O acaso la propia cama? Escojo el suelo. He perdido mi fe en gigolós embaucadores.” Pero Kareendi intenta solamente plantar cara a las cosas. Por dentro su corazón arde de rabia.

»Pongamos que Kareendi se niega a tomar nada. Le horroriza que los bebés salgan de las entrañas de su madre como diminutos cadáveres. Kareendi tiene el niño. Y no lo va a tirar a la letrina. Ni lo va a abandonar junto a la carretera ni en un autobús. Ni va a dejarlo en el bosque o en un cubo de basura. Kareendi va a colocar la carga del niño sobre los hombros de su madre o de su abuela, un niño que vendrá al mundo a pesar de que sus padres ni le dan la bienvenida ni estaban preparados para su llegada. Pero tanto la madre como la abuela le advierten que no se acostumbre a

esto: “Estate en guardia a partir de ahora, Kareendi. No olvides que los hombres están dotados de un ponzoñoso aguijón, cuyo veneno, una vez dentro, nunca abandona la carne de sus víctimas”.

»Y Kareendi ahora sabe demasiado bien que nadie escarmienta en cabeza ajena. Nadie lamenta tanto la ida como la vuelta. Que sean amables contigo no significa que te amen. De manera que Kareendi se muerde los labios y vuelve al colegio. Hace grandes progresos y llega al cuarto grado. Obtiene el certificado de Cambridge y consigue su EACE, un certificado que garantiza que ha aprobado inglés, suajili y religión.

»Avanza con paso firme.

»Pero los problemas carecen de alas para abandonarla. De nuevo los padres de Kareendi tienen que rascarse los bolsillos. Sacan esos céntimos que han estado ahorrando, la reserva para imprevistos, ahora que estos se han presentado. Rápidamente inscriben a Kareendi en la Escuela de Secretariado de Nairobi para que aprenda mecanografía y taquigrafía. Y después de nueve meses, puede aporrear una máquina de escribir, treinta y cinco palabras por minuto, y es una experta taquígrafa, ochenta palabras por minuto. La vista es más rápida que el oído. Taquigrafía y mecanografía: Kareendi ya tiene en el bolsillo el certificado Pitman que avala estas dos habilidades.

»Kareendi se patea todo Nairobi en busca de empleo. Armada con su Pitman entra en oficina tras oficina. En una de ellas encuentra al señor Jefe, que se recuesta cómodamente en su sillón. Sus ojos recorren a Kareendi de pies a cabeza. “¿Qué quiere? ¿Un empleo? Ya. Ahora estoy muy ocupado. A las cinco podría recibirla”. Kareendi espera con impaciencia la hora de la cita. Entra en la oficina anhelante. Ahora el señor Jefe le sonríe, le ofrece una silla y le pregunta por sus nombres, el de nacimiento y el que más tarde adquirió en inglés, y le pregunta por sus problemas, escuchando con atenta paciencia. Entonces, el señor Jefe tamborilea sobre su escritorio con un dedo o con un lápiz diciéndole: “Ah, Kareendi, un empleo es muy difícil de encontrar en estos días. Pero una chica como tú... No sería muy difícil encontrarte algo. Pero, Kareendi, un asunto como este no puede darse por concluido en la oficina. Vamos al bar del hotel Modern Love para discutirlo más extensamente”. Pero Kareendi reconoce el venenoso aguijón de sus primeros años: solo el que ha visto sabe, y solo el que ha bebido de una calabaza conoce su tamaño. Así que Kareendi declina la invitación para encontrarse en el hotel designado para el amor, ya sea este antiguo o moderno. Al día siguiente está de nuevo peinando la ciudad en busca de empleo.

»Entra en otra oficina, encuentra otro señor Jefe. Las sonrisas son las mismas, las preguntas las mismas, la cita la misma, y el blanco sigue siendo los muslos de Kareendi. El bar del hotel Modern Love se ha convertido en la principal oficina de empleo para mujeres, y sus muslos son las mesas donde se firman los contratos. Una doncella ahogada en un mar de dulzura. Nuestra nueva Kenia, no obstante, solo entona una canción a Kareendi: Hermana Kareendi, un caso de locura tarda en curar. Hermana Kareendi, un tribunal abre la sesión solo si recibe algo. Hermana Kareendi, nadie lame una mano vacía. Cuida de mí y yo cuidaré de ti. Los problemas

modernos se resuelven con la ayuda de los muslos. Aquel que desea dormir está ansioso por hacerse la cama.

»Kareendi está decidida a no hacer camas: prefiere dejar su caso sin resolver. Y porque Dios verdaderamente no es un devorador de ugali, aprieta pero no ahoga, una mañana Kareendi encuentra empleo sin tener que pasar por ningún hotel para «amores modernos». El señor Jefe Kihara es el director gerente de la firma. Es de mediana edad. Tiene esposa y varios hijos. Y además es miembro del comité directivo de la Iglesia Celestial. Kareendi realiza su trabajo meticulosamente.

»Antes de que finalice el primer mes encuentra su propio Kamoongonye.[2] El joven es estudiante universitario. Sostiene puntos de vista modernos y progresistas. Cuando Kareendi le confiesa que tiene un niño, Kamoongonye la calla a besos. Dice a Kareendi: “Un niño no es un leopardo capaz de herir a la gente. ¡Además, parir prueba que no eres una mula!». Al oír esto, Kareendi derrama lágrimas de felicidad. Allí y entonces, le jura lealtad con todo su corazón: “Porque soy muy afortunada, porque he buscado y encontrado un Kamoongonye, un joven de ideas progresistas, yo, Kareendi, nunca me enfadaré con él o le discutiré algo. Si me grita, permaneceré en silencio. Simplemente bajaré la mirada como el cauteloso leopardo o como una oveja pastando. Le ayudaré con sus tareas de modo que pueda acabar sus estudios sin problemas o retrasos y podamos construir un hogar de sólidas raíces. Nunca miraré a otro”.

»Las otras chicas, las amigas de Kareendi, la envidian y le ofrecen pequeños consejos:

»—Kareendi, cambia tu manera de ser; no todas las semillas de la calabaza son iguales —dicen.

Kareendi replica:

»—El niño que abandona su propia casa en busca de carne en casa ajena se halla tan inquieto como cabra que va al matadero.

»Pero las chicas le responden:

»—Amiga, esta es una nueva Kenia, todo el mundo debería guardar algo para hacer frente a las necesidades del mañana. El que guarda algo de comida, nunca tendrá hambre.

»Ella replica:

»—Comer demasiado daña el estómago.

»—Una dieta restringida es monótona— se mofan.

»Kareendi lo niega y les dice:

»—Un collar prestado te puede llevar a perder el propio.

»Ahora, cuando Kareendi piensa que su vida está transcurriendo sin problemas, el señor Jefe Kihara empieza a regalarle los oídos con palabras cuidadosamente escogidas. Un día entra en su oficina. Ella se encuentra de pie al lado de la máquina

de escribir y él finge examinar las hojas que Kareendi acaba de mecanografiar. Dice: “Por cierto, miss Kareendi, ¿ha hecho ya planes para este fin de semana? Me gustaría que me acompañara a un pequeño safari, ¿qué me dice?”. Kareendi declina la propuesta educadamente. La negativa, envuelta en cortesía, no puede levantar rencores. El Jefe Kihara espera por si Kareendi cambia de opinión. La prisa arruina un buen guiso. Un mes más tarde acosa de nuevo a Kareendi en su propia oficina. “Miss Kareendi, esta tarde se celebra un cóctel en el Paradise Club.” De nuevo Kareendi disfraza su negativa entre frases educadas.

»Y llega el día en que el Jefe Kihara reflexiona para sí mismo: el cazador que acecha a su presa demasiado furtivamente puede acabar ahuyentándola. La prudencia aconseja cambiar de táctica. Para bañarse hay que quitarse la ropa. De forma que aborda a Kareendi con audacia: “Por cierto, miss Kareendi, tengo un buen montón de trabajo para hoy. Hay una pila de cartas que esperan respuesta, todas importantes y urgentes. Me gustaría que se quedase en la oficina después de las cinco. La empresa le pagará las horas extra”.

»Kareendi espera. Las cinco en punto. El Jefe Kihara está en su oficina, quizá haciendo el borrador de las cartas pendientes. Las seis. Todo el mundo se ha ido a casa. El Jefe llama a Kareendi. Le pide que tome asiento, de forma que puedan hablar con tranquilidad. Al cabo de un minuto o dos el Jefe se levanta de su sillón y va a sentarse en el borde de su escritorio. Sonríe tímidamente. Kareendi pugna por buscar las palabras.

»—Por favor Jefe, ¿podría dictarme las cartas ahora? Pensaba salir esta noche y ya está oscureciendo.

»—No se preocupe, miss Kareendi, si se hace tarde yo mismo la llevaré a casa en mi coche.

»—Gracias, pero de verdad, no quiero molestarle —responde Kareendi con un tono de voz neutro para ocultar su irritación.

»—No será ningún problema. Puedo llamar incluso a casa para que mi chófer personal la recoja y la lleve a casa.

»—Me gusta viajar en autobús. Por favor, ¿dónde están las cartas?

»El Jefe Kihara se desliza hacia ella. Una cierta luz brilla en sus ojos. Baja la voz.

»—Kareendi, cariño, las cartas me las dicta mi corazón.

»—Perdón, ¿ha dicho “las dicta el corazón”? —pregunta rápidamente Kareendi, pretendiendo ignorar el significado oculto de sus palabras—. ¿Es correcto dictar tales cartas a una empleada? ¿No sería mejor que escribiese usted mismo esa ...